

y familia, para que podamos cantar en accion de gracias vuestras eternas misericordias. Amen.

En el nombre de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, Amén. Este es el oficio de las lágrimas de nuestra Iglesia, por cuyo bien oramos en la prosperidad de nuestro monarca, digno tanto de tan lustre honor. Conceded feliz suceso a las armas de este instigable defensor de nuestra religión. A este fin impetremos la voz de la sangre de Jesús, y mediador de nuestros pecados, y mediador de nuestra reconciliación. Conceded nuestros amores que así Dios en Israel que veis sobre nuestra casa



ORACION FÚNEBRE

pronunciada en el día tercero de las honras del Illmo. Señor D. Antonio Jorge y Galban, arzobispo de Granada.

Esto pupillis misericors ut pater, et pro viro matri illorum: et eris tu velut filius Altissimi obediens, et miserebitur tui magis quam mater.
Ecclesi. 4. 10. 11.

Este rebaño sin pastor, sin lámpara este santuario, esta iglesia sin prelado, sin sacerdote este templo, sin padre los pobres de Jesucristo, sin amparo las viudas, sin defensor los huérfanos, sin socorro los enfermos, un clero cubierto de tristeza; una

ilustre familia desconsolada, un pueblo consternado explicando su pena con lamento, huérfanos todos de padre, este aparato fúnebre, estas lugubres voces, ¿no manifiesta todo desde luego la sensible muerte, o la pérdida irreparable del Ilustrísimo Señor D. Antonio Jorge y Galban, dignísimo ARZOBISPO de esta diócesis, esposo de esta iglesia, padre de este pueblo? Triste é inconsolable memoria, que penetra tan al vivo la gratitud de mi corazón, que me dispone mas á llorar, señores, con vosotros, que á elogiar sus cenizas. Mas ya que me poneis en la precision de renovar hoy mi inexplicable dolor, tengo la confianza de que serán sin duda vuestras lágrimas más elocuentes que mis voces. No porque temerariamente presuma hacernos llorar en esta hora; siendo por el contrario mi ánimo alentar vuestro corazón y consolar vuestra pena con la esperanza de su feliz tránsito.

Mas á vuestro pesar, yo veré corer por vuestras mejillas tiernas lágrimas, como un Dilustre testimonio de vuestra gratitud y como justo tributo de vuestra fidelidad. ¡Lamentable constitucion humana! ¡fallo inevitable, irrevocable sentencial, muerte terrible! que así destróncas los cedros poderosos del Líbano. ¡Fatal parca! si me es lícito usar de esta expresion gentílica, tú nos robaste de un golpe el gozo, la alegría, la magnificencia, el decoro, la gloria, la subsistencia y la esperanza de Israel; tú nos privaste, digo, en un momento de un gran sacerdote, que gloriosamente llenaba las obligaciones de esposa de esta iglesia y de padre de este pueblo: dos breves reflexiones, que dividen justamente el asunto, que descubren el carácter y manifiestan el mérito de este tutor de los huérfanos, de este hijo obediente del Altísimo, siervo digno de su misericordia, según su divina pro-

mesa, y que deben en fin estimularnos al cumplimiento de nuestras respectivas obligaciones. Comencemos, pues con la bendición de Dios, y baxo la protesta ordinaria de que todo lo que yo dixere se entienda con arreglo á los decretos de Urbano VIII en semejantes oraciones.

I. Como Dios no es aceptador de personas, segun su mismo oráculo; como en su presencia no hay distincion entre el judío y el griego; conforme á la sentencia de S. Pablo; como en el nacer y el morir somos todos iguales, sin que nada conduzcan por sí solos los bienes de naturaleza ó de fortuna para la adquisicion del reino de Dios, único objeto de nuestra peregrinacion; en vano me cansaria yo en manifestaros la esclarecida ascendencia de nuestro difunto prelado, los ilustres blasones

de su familia, ni los memorables servicios hechos por sus mayores á la religion y á la patria. Titulos todos vanos en las presentes circunstancias, capaces solamente de alimentar el orgullo, de nutrir la vanagloria, ó de encender la ambicion: pues si atendeis, nobles del siglo, con vosotros hablo, divinidades del barro, los que juzgais estar emparentados con los cuerpos celestes, mirando á los demas sublunares ó mixtos de otra naturaleza inferior á la vuestra; vosotros, colosos de vanidad, los que creéis necesitar de telescopio para divisar á los demas mortales como si fuesen solo unos viles insectos; si ascendéis, repito, de generacion en generacion hasta vuestro origen, hallaréis que vuestro primer padre os dexó solo por herencia la muerte y el pecado. Por tanto olvidemos por ahora la esclarecida ascendencia de los Jorges y Galbanes, como cosa impertinente para la calificacion de un obispo. Tam-

bien me creo dispensado de hablar una palabra de sus cualidades personales, de su talento político, de la afabilidad de su trato, de su expedición en el manejo de negocios, de la viveza de su genio: dotes singulares que le hacían recomendable en la sociedad, amable á su familia y comensales, apetecible á su rebaño. Ni me detendré á elogiarle por la brillante carrera de sus estudios, por la penetración de sus luces, por lo vasto de sus conocimientos, por la claridad de sus ideas. Alcalá de Henares donde fue colegial y doctor teólogo; Zamora donde fue obispo: y vosotros mismos sois testigos de todas estas bellas calidades, que hacían amable su trato, y recomendable su persona.

Porque en efecto, señores, ¿de qué hubieran servido estas dotes, de qué hubieran aprovechado estas luces á nuestro difunto prelado, si no hubiese sabido referirlas á su centro

que es Dios, origen de todo bien? ¿De qué, repito, le hubieran aprovechado todas las bellas calidades, si con prudencia cristiana no hubiese hecho cierta su vocación con sus obras, para responder á Dios, que lo había constituido pastor de esta grey, esposo de esta iglesia, padre y conductor de estos pueblos? Con respecto pues á este oneroso destino en que el Señor le había colocado, y al desempeño de las obligaciones que le son esenciales, debemos graduar nosotros el mérito de nuestro difunto prelado delante de Dios. Mas en esta parte, Ilustrísimo Señor, ¿qué podré yo deciros que no podáis enseñarme por vuestra propia experiencia? ¿Quién vió jamas un esposo más tiernamente enamorado de su iglesia? ¿Quién vió un pastor más vigilante sobre su rebaño? ¿Quién vió un padre más amante de sus hijos? ¿Quién vió jamas secretaría ni visitas más desinteresadas que las suyas? Apenas

se desposó con esta iglesia, á cuyo casto tálamo había sido llamado por Dios, como Aaron, cuando empezó á dotarla y colmarla de beneficios. El templo, señor, hacia sus delicias á imitación de Nehemias: amaba su adorno, su belleza y esplendor, derramando diariamente á manos llenas, como otro Salomon, gruesas sumas sobre el santuario. ¿Qué iglesia de este arzobispado no conserva vestigios de su liberalidad, como si tuviese las facultades de otro Constantino? Hable por todos este templo augusto, cuyas sagradas bóvedas repiten mis clamores: hablen los adornos de su sacristía: hable esa capilla magnífica del Pilar de Zaragoza, erigida y dotada á sus expensas á honra y gloria de Dios y de su santísima Madre, á quien profesaba una tierna y singular devoción: hable la iglesia de Motril, cuyas rentas aumentó con sus fondos: y hable la de Viznar, que erigió casi des-

de sus fundamentos, y adornó con magnificencia.

Al paso que por el adorno exterior, trabajaba nuestro prelado, como otro Esdras, por la limpieza interior del templo. A este fin principalmente consagraba sus vigilias. Doliáale mucho ver algunos lunares en los templos vivos de Dios, que manchaban y afeaban su candor: afligíanle, digo, los desórdenes y los indispensables crímenes que traen consigo las comedias, los bailes y los juegos profanos, de que hemos solemnemente renunciado en el sacro Bautismo; y armado del celo de otro Finees, después de haber derramado su corazón en presencia de Dios, clamándole por el remedio de estos desórdenes públicos que oprimían su corazón, expedía saludables decretos, ó representaba con sumisión y con vigor al soberano, para cortar de raíz estos intolerables abusos, que inficionan y empobrecen al estado, y que desacreditan á la

iglesia con escándalo de las almas justas. ¿Cuánto no debe esta hermosa Raquel al celo de su esposo en esta parte? ¿Qué no trabajó ya en conversaciones privadas, ya por instrucciones públicas, ya por amonestaciones secretas, ya por edictos y providencias económicas, por exterminar los desórdenes y la corrupción de las costumbres? Siempre como esposo por su ternura, siempre como prelado por su autoridad y su constancia. ¿Qué no se fatigó por reconciliar las enemistades y discordias de sus diocesanos por unir en vínculo de amor y de paz á los que Cristo y la iglesia ha juntado con lazo indisoluble, evitando por este medio infinidad de crímenes, á que impele poderosamente la naturaleza corrompida? Vosotros, ó pueblos de esta vasta diócesis, conservais en vuestros archivos públicos y en el secreto de vuestro corazón un testimonio auténtico de estos hechos, y del celo de

vuestro amabilísimo prelado por deterrarlo de entre vosotros mismos la ociosidad, raíz fecunda de muchos males, y origen de vuestra decadencia ó indigencia de bienes.
 No se ocultaba en efecto á su penetración, que una esposa que yace en el ocio no puede ser casta, no puede ser honesta, ni puede cumplir con los estrechos vínculos que la unen á la sociedad, ni con la ley penal del trabajo que deben respectivamente observar desde el más alto monarca hasta el infimo plebeyo, para adquirir sin crimen su alimento. Persuadido de la verdad de estas ideas, sin ahorrar gastos ni fatigas, promovía por todos medios la aplicación de sus diocesanos al trabajo, habilitando á su costa á los pobres que carecían de utensilios para adquirir el sustento, pagando maestros, premiando discípulos, y aun estableciendo en su palacio fábricas que pudiesen ser útiles á la sociedad, y servir de estímulo á los po-

derosos para cumplir con su obligacion de emplear á beneficio del comun lo que gastan de ordinario en luxó y en vanidades.

Ni se descuidaba en arrojar de su rebaño á los lobos, manifestándose principalmente inexorable con los eclesiásticos desidiosos ó relaxados, altamente persuadido de la sentencia del Espiritu Santo; conviene á saber: que qual fuere el sacerdote será el pueblo, como experimentamos en los que gobernaron; de una parte los Eunomios, Arrios, Pelagios y Nestórios, y de otra los Naziancenos, Atanasios, Ambrosios y Crisóstomos. Porque en efecto, señores, si el doctor yerra, como dice Jesucristo, ¿qué otro doctor le enmendará? Si la sal del sacerdocio se infatúa, ¿cuál será el condimento de los pueblos y el preservativo de su corrupcion? No hay pues por qué atribuir á demasiado rigor su celo pastoral por el arreglo del clero, y su desvelo

infatigable por el buen exemplo de los sacerdotes, que son el espejo de los pueblos. No por esto le imaginéis, señores, de un carácter feroz para con los eclesiásticos delincuentes. ¿Quién vió jamas un prelado que usase de mas arbitrios para darles á conocer su yerro, ú mas paciente en esperar su correccion? Asi en lugar de sacrificarlos al ardor de un celo indiscreto, procuraba de antemano atraerlos por dulzura y por una suavidad elocuente, que Dios habia depositado en sus labios: queria ganarlos, no perderlos; aborrecia el crimen, no las personas; ni empleó jamas el rigor sin haber antes agotado todos los medios de suavidad: loable temperamento del celo pastoral que habia copiado sobre la adorable imagen del príncipe de los pastores Jesucristo. Asi celaba este pastor el rebaño que Dios le habia encomendado; así velaba este prelado por el adorno, decoro y lim-

pieza interior de esta esposa, de este pueblo de adquisición del Salvador.

II. Ni fue inferior el desvelo que manifestó siempre con su iglesia en calidad de padre: dulce nombre, señores, que hará por muchos dias asomar tiernas lágrimas á nuestros ojos. ¿Qué solicitud igual á la de un prelado que continuamente meditaba sobre la enseñanza y sustento de sus hijos? Lejos de mí, señor, todo espíritu de adulacion, que tan distante debe estar de esta cátedra: hablo á presencia de un pueblo que ha experimentado por sí mismo las entrañas de este padre benéfico; no solo en orden al socorro temporal de sus hijos, sino principalmente al espiritual y bien de las almas. Animado de caridad, amaba y socorria á Jesucristo en los pobres, conforme á la expresion de S. Cipriano, ¿Con qué afabilidad, con qué agasajo no los trataba! Con qué ter-

nura no visitaba los enfermos ó encarcelados! ; con qué dulzura no toleraba aun á los que se presentaban importunos! ; con qué liberalidad no los socorria! Su paternal amor no hallaba voces con qué negarse á su consuelo. El socorro del huérfano, de la viuda, del niño expósito, del enfermo, del indigente, del encarcelado era un libro abierto donde pasaba los dias y las noches meditando. ¿Quién podrá calcular las gruesas cantidades que diariamente consumia en amas de leche, en doncellas huérfanas y honestas, en monasterios pobres, en personas de calidad vergonzantes, en la curacion de enfermos, á quienes asistia con médico, botica y alimento? ¿Cuánto no gastaba en la conduccion y sustento de infinito número de pobres, para que pudiesen lograr el beneficio de los baños: viniendo á ser por este medio, cual otro Job, el pie del tullido, el ojo del ciego, el so-

corro universal del pueblo; ó como el ángel del Señor, que descendía anualmente á mover las aguas de la piscina para alivio de todos los enfermos? De aquí necesariamente resultaba que su piedad y su misericordia tenían siempre en empeño á la mitra. Damos, decía, lo que tenemos, y á veces mas de lo que podemos, como se explicaba en otro tiempo S. Ambrosio. ¿Pero qué mucho, si por socorrer al pobre se empeñaría, en caso necesario, á sí mismo, como otro san Pedro Pascasio? Nunca le veíamos con mayor complacencia que cuando acababa de hacer alguna limosna ó beneficio. Estos eran tan frecuentes, que jamas tuvo la pesadumbre que Tito, de que pasase día sin hacerlos.

Mas esto es nada, señor: su paternal amor se descubre en el socorro de las necesidades del espíritu, objeto de la limosna, tanto mas digno, quanto lo es éste respecto de la

carne. Entendamos bien esta máxima de nuestra religion y de la sana moral. Desde el monarca hasta el ínfimo vasallo deben todos mirar primero que por el alivio corporal por el socorro espiritual de sus hermanos en Jesucristo; y sus limosnas deben destinarse antes que á cubrir la desnudéz del cuerpo al adorno del alma, que es imagen de Dios. Con arreglo á este orden de limosna en que somos todos incluidos, celaba nuestro prelado como padre la administracion del alimento espiritual de sus hijos. Repartia por sí mismo y con frecuencia, cuando lo permitia su salud quebrantada, el pan de la doctrina catequísticamente, no queriendo predicarse á sí mismo, sino á Jesucristo crucificado, segun la sentencia del Apóstol: predicaba con instancia oportuna é importunamente, conforme al precepto del mismo Pablo, declamando contra los vicios que mas inficionaban su rebaño. Este mismo

encargo hacia á los ministros de la palabra y dispensadores de los misterios de Dios, que enviaba á los pueblos en su nombre. Esto mismo intimaba estrechamente á los curas y rectores de las iglesias, á quienes tenia cometido el pasto de su rebaño, obligándoles á predicar al pueblo todos los domingos, conforme á lo determinado en el santo concilio de Trento, para obviar que perecieran las almas que Jesucristo le habia encomendado y redimido con su sangre, por falta de alimento. Con el mismo fin ordenó un riguroso exámen de Doctrina cristiana á todos los que hubiesen de comulgar en la pascua; sabiendo que muchas veces por desidia de los ministros, ó por dexarse vencer de vanos respetos, se ignoran en el pueblo cristiano los misterios necesarios para salvarse: crimen detestable, que trae consigo la ruina y la muerte de estas almas desgraciadas, cuya sangre requerirá el

Señor en su furor de mano de estos ministros flojos, ó que no osan tener para con todos el espíritu de fortaleza correspondiente á su carácter y á su ministerio. ¿Qué esfuerzos ademas no ponia para desarraigar de entre sus hijos la reincidencia y la mala costumbre? Sobre este punto, y con razon, se mostraba inexorable, conociendo con un padre de la iglesia, que donde no hay enmienda tampoco hay penitencia, por falta de dolor y de propósito.

Me faltaria el tiempo, señores, hablando de los ardides y estratagemas que empleaba para socorrer las almas, primer objeto de su misericordia. Hecho todo para todos á imitacion del Apóstol, á uno amonesta con blandura, á otro corrige con fortaleza, aqui castiga, alli instruye, disfrazándose en varias formas para ganarlos á Jesucristo. Vosotros mismos, señores, tocasteis este paternal celo de la salud de las almas cuan-

do con lágrimas de edificacion le vimos todos salir de su palacio, estando actualmente enfermo con la gota, y marchar con celeridad á la cárcel á persuadir un reo que iba al suplicio impenitente. ¿Qué reconvencciones no le hizo? ¿qué vivamente no le representó el juicio de Dios, su clemencia, su misericordia y su bondad? ¿Qué tristeza no causó en su amante corazon la rebeldía y obstinacion de este reo? Volvióse á su palacio sin consuelo y cubierto de amargura: mas su celo no le permite descanso en ninguno de sus ángulos; gira por todas partes sin reposo, y agitado del ardor de su paternal caridad, vuelve á la cárcel, y arrojándose con lágrimas á los pies de aquel inconfeso delincuente: «has de perecer, hijo mio, le dice; ¿has ta cuándo has de abusar de la misericordia de Dios, que solo quiere que te salves? confiesa tus crímenes, que yo cargaré sobre mí

»tus penitencias; no desprecies esta hora, pues de ella ha de resultarte nada menos que una eternidad de gloria ó de tormentos.» ¿Qué es esto, señores? ¿qué ha de ser! Un padre que arde en celo de la salud de sus hijos.

Sin embargo, en medio de esta loable conducta con que apacentaba su rebaño, se creia siervo inútil; nada le parecia haber hecho en cumplimiento de sus obligaciones episcopales: y temiendo ser comprehendido en el número de los pastores que vió el profeta Ezequél, atentos solamente á esquilár la lana de sus ovejas y á percibir los demas despojos, aspiraba por todos medios á reducir las, curarlas y apacentarlas con el pan diario de la doctrina. A este fin solicita se establezcan en todo el arzobispado migas y escuelas pías donde los párvulos puedan con facilidad beber la leche del cristianismo, que impreso altamente en sus almas,

dé preciosos frutos en la niñez y juventud, y virtudes sólidas en la edad madura.

Vosotros sabéis bien, señores, y lo acredita la razon y la experiencia misma, que la falta de instruccion en los primeros años es el fatal origen de todos los males públicos, que á manera de torrente inundan la sociedad con ruina del estado y descrédito del santuario. Porque en efecto, si no se instruyen en tiempo los párvulos en lo que deben creer, pedir y obrar en calidad de cristianos y de ciudadanos, ¿quién pondrá despues freno al ímpetu de una naturaleza corrompida? ¿quién hará á los jóvenes sumisos y rendidos á sus mayores, dulces con sus iguales, obedientes á sus padres, llenos de respeto por la iglesia y sus ministros? ¿Quién les hará despues llevar el yugo de la religion que han sacudido en su infancia? ¿Quién les hará cumplir con la estrecha obligacion de ser

útiles al santuario y á la sociedad? Con este doble respeto promovía pues nuestro difunto príncipe estos preciosos establecimientos, proponiendo á los que se aventajaban en la doctrina premios proporcionados á su edad y á encender en sus ánimos una gloriosa emulacion de sobresalir en estos indispensables rudimentos de tanta consecuencia en lo futuro: loable estratagemá, que al paso que adelantaba á los párvulos en el conocimiento del verdadero Dios, edificaba á los mayores y llenaba de dulce complacencia á este padre benéfico, que veía perfeccionarse la alabanza del Señor en boca de sus pequeñuelos.

Asi, señores, trabajaba nuestro difunto prelado sobre el rebaño que Dios le habia confiado, siempre como esposo amante de su iglesia, á quien adornaba con magnificencia, y celaba como otro Onías con el mayor desvelo: siempre como padre comun que atendía á las necesidades es-

pirituales y temporales de sus amados hijos. Asi obraba este vigilante pastor, arreglando y conduciendo á su grey, cuando Dios, en cuya mano está el número de nuestros dias, determinó llamarle para sí, para premiarle con recompensa eterna sus trabajos temporales, como podemos juzgar piadosamente con respecto al arreglo de su vida y á las circunstancias de su muerte, en cuyas cercanías manifestó la dulzura de su corazón para con su Señor y con sus hijos.

¿Quién de vosotros, desconsolada familia, no derramó tiernas lágrimas al ver su conformidad, su espíritu de compuncion y de dolor, cuando lo agudo de la enfermedad no le habia embargado aún las potencias? Y conservando hasta la muerte aquel espíritu de paz que le fue característico, y que tanto recomienda san Pablo á los obispos, *estoy por suplicar*, decia pocos dias antes de mo-

rir, con edificacion de los asistentes, que notaban con lágrimas la humildad de su corazón: *estoy por suplicar que no me hagan honras; y en caso que lo estimen necesario, se proponga por tema, que no he sido litigioso, conforme al precepto del Apóstol: signos todos probables, y preludios de su eterna felicidad.*

Pero como en el dia cae siete veces el justo; como el Señor descubre manchas hasta en sus mismos ángeles; como en su reino nada puede entrar sin ser antes purificado como el oro en el crisol, acaso, señores, acaso tendrá que expiar algunas ignorancias y algunos delitos de su juventud, de que se creia reo aun el mismo David despues de tantas penitencias, meditaciones y vigili-
lias. Resta pues que nosotros, que hemos recibido tantos beneficios del difunto prelado, si conservamos alguna idea de gratitud cristiana, pidamos á Dios en nuestros sacrifi-

cios y oraciones corone sus trabajos en el descanso eterno. Amen.

DIXE.

ORACION FÚNEBRE

EN LAS SOLEMNES EXÉQUIAS
que por el alma de nuestro católico
monarca el Señor D. CARLOS III ce-
lebró la Real Sociedad Económica
de Granada en 23 de febrero
de 1789.

*Fac luctum secundum meritum ejus. Ec-
cli. XXXVIII. 18.*

ILLMO. SEÑOR:

Si en todos tiempos ha mirado la
iglesia como un acto de religion la
piedad con los difuntos; si estrecha-
mente nos ha prohibido negarles nues-